E. AGUINALDO

AÑO I. MADRID 10 DE NOVIEMBRE DE 1899 NÚM. 2.

FILIPINAS ANTE EUROPA

Órgano defensor de aquél pueblo

Antes que aceptar la autonomía, preferiré ir á arrostrar la mísera vida en los montes.—*E. Aguinaldo.*
La independencia de nuestra patria es la única fuente de su felicidad, porque sin ella, seríamos esclavos por la pretendida diferencia de razas.—*F. Agoncillo. Plenipotenciario del Gobierno filipino en Europa y América.*
Para el que atropella nuestros sacratísimos derechos, el mejor argumento es el fusil.—*G. Apacible, Presidente del Comité de Hong kong.*
No puede ser honrado el que no defienda la independencia de su pueblo.—*R. Abarca, Presidente del Comité de París.*
Respeto las opiniones de los americanistas, pero me guardaré de imitar su conducta.—*A. Regidor Representante en Washington.*
Es ignominiosa la cadena del esclavo, aunque fuese de oro.—*T. Aréjola, Presidente del Comité de Madrid.*
Unámonos todos y venceremos. No habrá calificativo suficiente para condenar á los que deserten.—*T. Acuña, Presidente del Sub-Comité de Barcelona.*
Contra Norte-América, no; contra el imperialismo, sí, ¡hasta la muerte!—*La Redacción*

Director: **Isabelo de los Reyes.**

Redacción y Admón. **Palma Alta, 19 pral.**

Precios de suscripción: Madrid, un mes, 1 pta.; Extranjero, semestre, 8 francos; Filipinas, 10 pesetas. Anuncios á precios convencionales.
PAGO ADELANTADO

Distribuimos gratis miles de ejemplares entre los principales políticos y periódicos de todo el mundo.
Los autores responderán de los artículos firmados.

El dictamen de la Comisión parlamentaria de los Estados-Unidos

Cuando el presente número estaba ya casi hecho, tenemos que tomar la pluma llenos de indignación por un cablegrama que recibimos de Washington y que da cuenta del dictamen de la Comisión parlamentaria, que se ha hecho público.

Dicho documento empieza haciendo una historia cuajada de falsedades sobre la guerra actual, y sobre nuestra pretendida incapacidad para gobernarnos por nosotros mismos, insertando el informe de Dewey sobre sus relaciones con Aguinaldo.

¿Pero no ha dicho Dewey que los filipinos son mucho más capaces que los cubanos para gobernarse?

Sí; lo ha dicho y sigue sosteniéndolo, pero añade *ahora*, que hoy por hoy todavía no son capaces de la independencia.

¡Siempre la mentira, el engaño y la traición!

No podemos esperar otra cosa de los nada escrupulosos imperialistas. Y nada ya queremos con Mac-Kinley, ni con los suyos, porque está visto que no son capaces de enmendarse y de seguir una política de concordia y de buena fe.

Filipinos, sabedlo, nada espereis de los imperialistas; solo espereis en Dios y en vuestros propios brazos. Los pueblos valientes y honrados nunca mueren, siempre triunfan, porque la justicia de Dios existe.

El dictamen es tan odioso por sus descaradas mentiras y argumentos de mala ley, que indudablemente provocará general indignación en Filipinas.

Ahora recurren también los yanquis al ya gastado argumento de que los filipinos son incapaces de la independencia por la diversidad de razas que existe en Filipinas, y preguntamos nosotros: ¿Los Estados Unidos no son acaso un pueblo heterogéneo por excelencia? ¿Y son incapaces por eso? Aparte que es muy inexacto que en Filipinas existan muchas razas. Allí no hay más que sino-malayos y negritos, pero éstos apenas pasan de cinco mil. Todos son hermanos: el tagalo, el ilocano, el bicol, el visayo, el moro de Mindanao y Joló y el igorrote de los montes; lo patentizan de consuno sus rasgos fisonómicos, sus tradiciones y sus costumbres. Las diferencias de dialectos, según la Antropología, no dicen más que la escasez de comunicaciones en los pasados siglos, así como en Europa misma hay naciones con 20 ó más dialectos.

El general Antonio Luna.
Uno de los organizadores del ejército filipino.

El dictámen contiene otra falsedad desvergonzada y és la de afirmar que Aguinaldo no ha conseguido formar un gobierno pacífico. ¿Y quién ha perturbado el orden en el país dominado por él? ¿Quién se atrevió por un momento á disputarle la presidencia?

En términos muy vagos, que revelan á las claras mala fe, se propone una autonomía, *«que sería imposible implantar ni aun con el carácter local en ciertas regiones.»*

De modo que, una vez desarmados los filipinos, si estos fueran tan tontos que lo aceptasen, con establecer un Ayuntamiento pseudo-autónomo en Manila, los imperialistas habrán cumplido con sus promesas, y al que alze la voz, una bala explosiva, y se acabó todo.

© Biblioteca Nacional de España

Por último, propone un régimen militar enérgico que que ponga fin á la actual *anarquía* en Filipinas.

¿Y dónde está ese estado anárquico á no ser en Manila, donde la soldadesca imperialista impunemente comete toda clase de repugnantes atropellos?

Imperialistas de Mac Kinley: ya podéis decretar mil veces la anexión de Filipinas; pero no basta ambicionar aquella bendita tierra; es preciso conquistarla palmo á palmo, y hasta ahora el ejército imperialista todavía no ha adelantado nada. Por lo cual, al mismo tiempo el telégrafo anuncia ofertas de dinero y de reconocimiento de grado á los generales filipinos, para luego con cualquier pretexto fusilarles sin escrúpulo de ninguna clase, como ahora rematan á nuestros heridos que caen prisioneros.

Mientras respire un solo filipino honrado, no estaréis seguros ni aun sobre el pedazo de tierra filipina que pisáis.

Os lo juramos por nuestro honor ante Dios y ante los cadáveres mil de filipinos destrozados por vuestras balas explosivas, ¡sobre las cabezas de nuestros hijos!

Todavía esperamos que el pueblo norte-americano nos hará justicia; pero tampoco mendigamos como limosna la concesión de nuestros derechos políticos. Seríamos muy pobres de espíritu é indignos de la admiración de todo el mundo, si después de haber luchado como héroes durante diez meses, vengamos ahora á esperar nuestra independencia de nuestros enemigos, y no de nuestro valor.

El Dr. Padre José Burgos.
Victima de la sublevación de Cavite en Febrero de 1872.

Al pueblo de los Estados Unidos

de la América del Norte.

Dejé de tomar parte en el gobierno de mi nación desde el 9 de Mayo último, porque la Asamblea Nacional había creído conveniente mi sustitución por otras personas, esperando que por este medio se llegase á una transacción que diese fin á la guerra entre EE. UU. y Filipinas en forma amistosa y honrosa para ambas partes. Los representantes del Gobierno americano me han encontrado siempre al lado del presidente Aguinaldo al frente de los negocios públicos de Filipinas, en clase de Consejero privado desde Junio del año pasado y como primer Ministro del Gabinete establecido con arreglo á la Constitución desde Enero del corriente. Por esta razón y por la de que pertenezco á la raza indígena pura y no haber salido de mi país desde mi infancia, conozco no sólo todos los hechos que se han desarrollado en Filipinas desde la destrucción por Dewey de la escuadra española, sino también los verdaderos sentimientos de mi pueblo para con el norte-americano.

Mueven mi pluma, de una parte el deseo ardiente de que el pueblo americano conozca toda la verdad, tal vez adulterada por miras interesadas, y pueda hacer completa justicia al pueblo filipino; y de otra parte el deseo no menos vivo, inspirado por los sentimientos de humanidad, de que cesen la presente guerra y la mutua destrucción entre dos pueblos que deben formar causa común para contribuir á la consolidación de la civilización y del progreso indefinido de los pueblos del mundo.

Antes de que el almirante Dewey viniese con su escuadra á Filipinas, tuvo una conferencia con el general Aguinaldo y, después de haber asegurado á éste que los sentimientos del pueblo americano no podían ser más amistosos, pues los propósitos de su gobierno eran ayudar á los filipinos, si estos á su vez les ayudaban en la guerra contra los españoles motivada por la independencia de Cuba, le preguntó si se consideraba con fuerzas para mantener el orden en todo el Archipiélago cuando fuese un hecho la expulsión de los españoles, á lo que el general Aguinaldo contestó que respondía no sólo del orden y de su pueblo, sino también de que la guerra se haría con arreglo á las prácticas observadas por las naciones civilizadas, como le facilitasen armas. Ante esta respuesta, el almirante, luego de haberle prometido que se le facilitarían las armas necesarias, prosiguió su viage á Manila en cuyas aguas obtuvo una victoria completa con la destrucción de la flota española.

Después de la victoria conoció el almirante que todas las fuerzas terrestres españolas en número muy considerable estaban concentradas y fortificadas en Manila, Cavite, Tayabas, Laguna, Morong, Bulacán, Bataan y Pampanga, sin contar las pequeñas guarniciones de otras provincias, y comprendiendo la necesidad de un ejército respetable para la ocupación de Manila y Cavite y la derrota del ejército español; por lo que, al propio tiempo que pedía fuerzas á su gobierno, hubo de mandar el buque de guerra *Mc Culloc* á Hong-Kong por Aguinaldo. Este fué recibido con los honores de general por el almirante, el cual, después de haber renovado sus anteriores promesas, entregó á Aguinaldo 96 fusiles que había en el arsenal de Cavite, autorizándole para que se estableciese en el puerto de este nombre y dispusiese de lo que allí había excepción hecha del citado arsenal que estaba ocupado por una pequeña fuerza americana de desembarco. Aguinaldo encontró las casas del puerto deshabitadas y desmanteladas, pues no había quien impusiese el orden y velase por la seguridad é intereses de los vecinos; por lo que hubo de llamar á estos y establecer un gobierno local bajo su inspección fuera del radio con prendido por el arsenal, circulando luego un manifiesto al pueblo filipino.

Este que se hallaba indeciso, pues ignoraba si los americanos eran amigos ó enemigos, acogió con júbilo el manifiesto y, reconociendo por Jefe indiscutible á Aguinaldo, cada provincia se ocupó en batir y capturar á las fuerzas españolas destacadas en los límites de su jurisdicción respectiva. Empezó el movimiento á fines de Mayo del año pasado y á fines de Junio siguiente, estaba localizada la lucha en las capitales de Manila, Batangas, Tayabas, Laguna, Morong, Bulacán, Pampanga y Tarlac y sitiadas las fuerzas españolas que allí había, las cuales hubieron de rendirse muy pronto y entregarse prisioneras á las fuerzas filipinas, excepción hecha de la de Manila. Mientras tanto el almirante felicitaba á Aguinaldo por sus victorias, permitía el desembarco de dos mil fusiles comprados por los filipinos con los fondos de Hong-Kong, dejaba á los buques filipinos navegar en la bahía de Manila con bandera filipina y á Aguinaldo gobernar no sólo á las provincias reconquistadas sino también el puerto mismo de Cavite excepción hecha del arsenal; le entregaba algunos prisioneros españoles capturados por sus buques y por último le pasaba las reclamaciones que los comerciantes españoles le dirigían por unos buques que habían capturado los filipinos en poder de las fuerzas españolas.

Poco después llega á Filipinas la brigada Anderson y este general al desembarcar en el puerto de Cavite notifica á Aguinaldo su carácter de Jefe provisional del ejército

© Biblioteca Nacional de España

americano interin no llegase el general Merrit, y hace en nombre de su gobierno nuevas protestas de amistad y apoyo en favor de la libertad de los filipinos. Mas luego, so pretexto de que era necesario proceder á la limpieza de las calles y casa del puerto para alojar convenientemente á los soldados americanos que habían de llegar, y prevenir disgustos y rozamientos entre los soldados americanos y filipinos, se hace cargo del gobierno del puerto y prohibe á los últimos que saliesen armados á la calle, mientras que los primeros al quedar borrachos cometían todo género de atropellos contra los vecinos. Aguinaldo, deseoso de ahorrar disgustos y evitar un rompimiento, se trasladó á Bacoor, dejando en el puerto una pequeña fuerza, cuyo mando confiara á un general que tenía el encargo de evitar todo conflicto con los americanos y calmar los disgustos de los vecinos, aconsejándoles temperamentos de concordia y amistad; visto lo cual por el general Anderson, le faltó tiempo á éste para apoderarse de un almacén de efectos navales, propiedad de un rico comerciante de Cavite, que Aguinaldo tenía á su cargo por disposición de su dueño.

Posteriormente llegó el general Merrit, quien, al notificar á Aguinaldo su carácter de gobernador general de Filipinas y general en jefe del ejército americano, pidió para sus soldados leñas, carros, bueyes y caballos. Luego, después de publicar un manifiesto al pueblo filipino, recalcando las promesas de amistad y apoyo á los filipinos bajo la fe de un pueblo libre, sin dar conocimiento á Aguinaldo, desembarcó fuerzas en Parañaque, pueblo que estaba en poder de los filipinos. Allí las fuerzas americanas construyeron una trinchera muy larga y grande á retaguardia de las filipinas para que les sirvieran de base de operaciones, distribuyéndose luego á lo largo de la línea por Maytubig y apoderándose de muchas trincheras construídas y ocupadas por los filipinos

Mientras tanto el general Merrit parlamentaba á espaldas de los filipinos con los españoles de Manila y les intimaba la rendición. Los españoles acorralados por tierra por los filipinos y amenazados por mar por los buques americanos, consintieron en rendirse al primer ataque por Maytubig, siempre que la escuadra no bombardease la ciudad. Entonces el general Merrit ordenó á sus fuerzas el ataque por Maytubig, sin participarlo á Aguinaldo.

No obstante, las fuerzas filipinas al notar el movimiento de ataque de los americanos, pusiéronse á la par de la vanguardia de estos para ayudar á los que creían amigos y aliados. Los españoles que también ignoraban el convenio estipulado por su general, resistieron furiosamente el ataque dirigiendo sus tiros á las fuerzas americanas á quienes odiaban más. Estas, viendo que eran el blanco de los tiros de los españoles, se ponían á retaguardia de los filipinos, á quienes dejaban avanzar entonces. Los españoles, al ver que tenían que habérselas con los filipinos y considerando tal vez con razón que de dejar las Filipinas, no podían hacerlo mejor sino á sus habitantes, y que por consiguiente era inecesario el sacrificio de la sangre, abandonaban sus posiciones. Los americanos avanzaban entonces, se apoderaban de las posiciones tomadas por los filipinos y cambiaban la bandera filipina por la bandera americana. Se repitieron varias veces estos juegos hasta que, en llegando las avanzadas americano-filipinas al arrabal de la Ermita, se supo que la capitulación estaba firmada.

Aquí es donde se manifestó en toda su plenitud el inmenso prestigio sobre los filipinos del general Aguinaldo, porque sin su orden terminante de que evitasen á todo trance el conflicto con los mencionados americanos, las fuerzas filipinas no hubiesen sufrido tantas injusticias y desde aquella fecha hubiese estallado el conflicto entre los americanos y los filipinos. Pero Aguinaldo y con él el pueblo filipino creían en las promesas de amistad y de libertad lanzadas por los generales americanos en nombre de su gobierno y salvaguardadas por la fé de un pueblo libre.

Con tal motivo el general Aguinaldo escribió al general Merrit, quejándose en términos amistosos de la conducta observada con los filipinos. Se hacía presente al propio tiempo que no era justo que se aprovechara él solo de la victoria, pues era debido en su mayor parte á los filipinos que tenían acorralados á los españoles. «Sin este cerco, añadía, los americanos hubiesen podido destruir la ciudad, pero no habrían conseguido la rendición de las fuerzas españolas que en último caso hubiesen podido retirarse hacia el interior.» Puedo decir ahora que merced á esta rendición, Mac-Kinley ha conseguido la cesión de las Filipinas por el tratado de París.

Merrit por toda contestación pidió la retirada de las fuerzas filipinas que habían llegado á la Ermita, Paco y Malate cuando el ataque por Maytubig, enviando como emisario oficioso al cónsul Wilmans, para decir á Aguinaldo que el general Merrit estaba furioso contra él por no haberse puesto á las órdenes de los generales americanos conforme el convenio.

Ultimamente se marchó el general Merrit, sustituyéndole el general Ottis. Este, al tomar posesión de su cargo, pidió inmediatamente la evacuación de las fuerzas filipinas no sólo de la Ernata, Paco y Malate, sino tambien de Pandacan, que es un pueblo no comprendido dentro del término municipal de Manila, invocando la razón de que estos puntos se hallaban comprendidos en la capitulación de Manila y sus defensas. Aguinaldo fué cediendo á estas exigencias, sacrificándolo todo á las buenas relaciones y, creyendo que podría encontrar justicia en el gobierno de Washington, mandó allá como enviado á D. Felipe Agoncillo, con el encargo de que hiciese presente al presidente Mac-Kinley los agravios de los filipinos y pidiese el reconocimiento de la independencia de Filipinas en cumplimiento de las promesas de sus generales. Agoncillo no ha sido recibido por el presidente ni escuchado por la comisión americana en París.

Mientras tanto el almirante Dewey capturaba las lanchas de los filipinos en la bahía de Manila, las mismas que él había permitido navegar con la bandera filipina. Capturaron también en las aguas de Batangas al vapor *Albay*, comprado por los filipinos para la expedición de armas, el mismo que había desembarcado con su anuencia en el puerto de Cavite los dos mil fusiles de la primera expedición. Cuando Aguinaldo mandó un comisionado para pedir explicaciones sobre estas capturas, el almirante se puso muy furioso negándose á todo género de explicaciones y despidiendo al comisionado filipino, como se despide á un criado que ha cometido grandes faltas. Hasta el Mayor Bell que acompañaba al comisionado, se marchó muy disgustado de tan raro recibimiento.

Por otra parte, el cónsul Wildmans, hacía de las suyas en Hong-Kong; vendía por su cuenta otro vapor comprado por los filipinos, y se embolsaba el importe del vapor y se negaba á la devolución de cierta cantidad depositada en su poder por los revolucionarios filipinos, poco después de la conferencia de Aguinaldo y Dewey.

¿Qué hacía entonces Aguinaldo para evitar un conflicto que se hacía inevitable, en vista de la conducta cada vez incomprensible de los jefes americanos? Nombró una comisión que estipulase con el general Ottis un *modus vivendi*, hasta la conclusión del tratado de París y la decisión del Congreso americano sobre la suerte de Filipinas.

Viendo que Agoncillo no había tenido fortuna en sus gestiones, mandó á América otra comisión compuesta del mismo Agoncillo, del general Riego de Dios, Luna, Lozada y otros más. La primera comisión no ha conseguido nada, pues la nombrada por el general Ottis, se expresaba con mucha vaguedad y alegaba la falta de poderes del Gobierno de Washington, para no aceptar ninguna de las proposiciones de los comisionados filipinos. La segunda comisión no había aun puesto los pies en tierra americana, cuando estalló el conflicto que en vano se había procurado evitar á costa de muchos derechos y grandes humillaciones.

Dicen los americanos que los filipinos han provocado las hostilidades, y esta aserción resulta muy infundada para el que conozca los hechos expuestos. Si los filipinos las hubiesen querido, hubiéranlas inmediatamente empezado después de la capitulación de Manila, porque entonces las fuerzas filipinas ocupaban los arrabales de Ermita, Malate y Paco, el pueblo de Pandacan y parte del arrabal de Tondo, y había además muy pocas fuerzas americanas en Manila. Además los comisionados filipinos en América

© Biblioteca Nacional de España

habrían sabido algo de nuestros propósitos y no se hubiesen visto precisados á salir como escapados, y no hubiéramos tenido corazón para exponerlos á las furias del gobierno americano y sus secuaces. Por último, el general en jefe de las fuerzas filipinas que estaban en los alrededores de Manila, el general de división Ricarte, estaba en Malolos conferenciando con el general Aguinaldo en la noche en que estalló el conflicto.

La verdad es que el pueblo filipino no se ha sentido nunca dispuesto á medir sus fuerzas con la poderosa América: de otro modo Aguinaldo no hubiera tenido alma para sufrir tantas injusticias de los generales americanos; y por eso no ha pensado jamás en provocarlos.

Y lo que es más cierto todavía, es que el pueblo filipino, educado en el dolor y escuela de los grandes sufrimientos durante la larga dominación española, sabe meditar y apreciar con calma las cosas, aun en medio de las más grandes conmociones de su alma. Sabe que en un pueblo, por grande y civilizado que sea, hay buenos y hay malos, por eso no condena á todos; por eso admira el valor demostrado por el ejército americano en las pasadas luchas; por eso conserva aun inalterable la amistad que reservara para el pueblo americano con preferencia á cualquier otra nación y confía que el gobierno popular americano no ha de imitar al gobierno teocrático-español y que el espíritu de justicia ahogado por la ambición volverá á brillar en un cielo, como brillan en su historia y tradiciones las virtudes cívicas de sus antepasados.

El pueblo filipino lucha y *luchará* en defensa de sus libertades é independencia, con la misma tenacidad y perseverancia que ha demostrado en los sufrimientos. Le anima la fé inalterable en la justicia de su causa. Y sabe que, si el pueblo americano no le hace justicia, hay una Providencia que castiga los crímenes tanto de los individuos como de los pueblos.

Filipinas 21 Septiembre 1899.

APOLINARIO MABINI.
Ex-Presidente
del Consejo de Secretarios de Filipinas.

Habla el primer Ministro de Aguinaldo

A continuación tenemos el gusto de insertar un interesante trabajo del notable escritor D. Pedro A. Paterno, actual Presidente del Consejo de Secretarios de la República Filipina:

«Desde la apertura del Congreso filipino hemos proclamado solemnemente el amor á la paz, el alejamiento de las conquistas, el respeto á la independencia de las demás naciones, y sólo nos hemos ocupado en los asuntos interiores propios de esta tierra querida, tan querida, que *antes de verla extranjera la regaremos, la empaparemos toda con sangre filipina.*

Los Estados Unidos de América parecían ofrecer á la República naciente de Filipinas testimonios de aprecio, que debían regenerar el país, asegurar la tranquilidad en nuestros mares y la independencia del Archipiélago. Filipinas, dando ejemplo patente de energía, entregóse con ardor á la dulce ilusión y legítima esperanza de unir con lazos indisolubles á dos pueblos que habían ido juntos al combate contra España. Filipinas, buscada y solicitada por América en Singapoore, Hong-Kong y Kavite, no sólo provocaba alianza, sino que invitaba, no á las aras, en donde corre la sangre de los esclavos por el placer de los déspotas, sino hacia un altar de paz, donde se consagran los homenajes de dos naciones que quieren permanecer libres y unidas.

Despojados de antiguas preocupaciones, en lugar de enemigos, no veíamos en los Anglo-sajones de América sino conciudadanos del mundo, hijos del Padre común, que nos ha creado á todos para el amor, para el auxilio mutuo, y no para odiarnos y degollarnos unos á otros.

El honor nacional ha sido herido. El filipino no puede vivir sin honor, y por conservarle, luchará si está en pie, luchará si caído, luchará hasta sucumbir: porque nuestro noble pueblo convencido está que morir por la patria es morir con resplandor de gloria.

El derecho internacional, por otra parte, nos enseña «que las naciones son de Dios, como los individuos, y así como estos no pueden abdicar de su personalidad, tampoco aquellos pueden abdicar de la suya. No hay convenio que legitime la servidumbre; tampoco lo hay que pueda legitimar la esclavitud de una nación. Las nacionalidades son indestructibles desde el punto de vista del derecho; solo Dios, que le ha dado la existencia, puede quitársela.» Con justa razón, pues, los filipinos decían: «Somos libres é independientes.» Pero los Estados Unidos de América se atreven á ponerlo en duda y dicen: «Someteremos al pueblo filipino y le haremos nuestra colonia.» Mas una voz indignada, terrible como la de los volcanes de esta tierra caballeresca, se eleva para devorar á los que tratan de usurpar la noble nación filipina, exclamando: «*Muertos, sí; pero colonos, jamás.*»

Contra las ambiciones de esa nación rica y grande; contra las balas y metrallas de esa escuadra poderosa; contra las formidables máquinas destructoras de esa guerra de exterminio, los filipinos oponen brazos de hierro y pechos de diamante, encerrando un valor inflamado en llamas de libertad, que no reconoce ni resistencias ni obstáculos. Con altivez muestra su frente coronada de soberanía nacional, desafiando al soberbio usurpador con la divisa «Triunfar ó morir.» El pueblo filipino que, guiado sólo por el instinto de su independencia, cantó las victorias pasadas, sabrá inscribir todavía en cada monte una hazaña y en cada llanura un monumento, testimonio de futuras victorias.

Porque hay una Justicia eterna, que cuando llama á un pueblo á la libertad, los vanos esfuerzos de los poderes de la tierra se estrellan contra la inmutabilidad de sus decretos. Porque entonces, como en la pasada guerra contra España, el pueblo filipino, animado por el entusiasmo, todo hirviendo, transfórmase en legiones dispuestas á morir; por do quiera himnos de combate, tremolan banderas, estallan bronces, resuenan clarines; el labrador cambia la dura reja por el fatal *gulok*; el tierno esposo deja á la adorada familia, la madre besa al hijo, armándole el brazo y diciendo: «Vengado ó muerto.» Porque entonces la indignación despierta el heroísmo, los grillos se convierten en *bolos*, las cañas, lanzas; los dulces suspiros del hogar, truenos horribles en los campos de batalla y terremotos horrísonos en las ásperas montañas.

El Congreso declara que la nación filipina no toma las armas sino para la defensa de su libertad y de su independencia, que la guerra que se vé obligada á sostener, no es la guerra de nación á nación, sino la justa defensa de un pueblo libre contra la injusta agresión del invasor extranjero. Natural defensa de cuerpo á cuerpo, de la propia existencia, y por lo mismo, combatiremos para destruir á todos los que vengan á atacarnos, ó perecer en la defensa de la propia vida nacional.

Filipinas fué atacada de hecho en su independencia, en su honor y en su seguridad. La agresión de los americanos es un hecho innegable. Lejos de nuestros ideales la guerra, hubiéramos querido evitarla á toda costa; pero es evidente que el americano no difería el ataque más que para tener tiempo de hacer sus preparativos. Es preciso ahora mantener la guerra, porque es el único medio de descubrir las maquinaciones, las tramas de esa nación astuta é ingrata. ¡Oh, mi pueblo adorado! El mundo y la historia nos contemplan. La batalla ha comenzado. Vibre y truene rápido el mortífero acero. Acude á la pelea; avanza á la victoria. Pues que la libertad guía nuestros pasos. Luchemos hasta perder la vida; cada combate sea un paso dado hacia la seguridad del hogar, hácia la felicidad de la patria.

Filipinos: marchemos adelante fija la mirada en nuestros grandes destinos. Refleje el acero los rayos de oro del sol de libertad; rechine el carro del cañón, preñado de balas vengadoras; allá donde el enemigo pisa, allá, con sangre regado, crece el laurel de la fama.

© Biblioteca Nacional de España

¡FILIPINOS! ANTE LOS CADÁVERES DE ESOS MÁRTIRES

JUREMOS COMBATIR HASTA LA MUERTE CONTRA LA ESCLAVITUD DE FILIPINAS

FUSILAMIENTO DE PATRIOTAS FILIPINOS EN BAGONG-BÁYAN EL 11 DE ENERO DE 1897

Sres. D. Numeriano Adriano, D. Domingo Franco, D. Moisés Salvador, D. Francisco L. Roxas, D. Antonio Salazar, D. Faustino Villarroel, D. Luis Villarreal; teniente, D. Benedicto Nijaga, D. Ramón Padilla y tres más.

© Biblioteca Nacional de España

Pueblo querido, alza la noble insignia que guía al templo del honor: levanta altivo el estandarte de tu república. Tu vencerás, porque tu causa es justa. La fuerza será al fin vencida; el derecho triunfador.

Por alcanzar justicia se eleva mi pensamiento rasgando las tinieblas del porvenir. Nuestra aspiración, nuestra independencia, se anuncia allá en Manila; filipinos, alcanzadla, y no temais morir.

Para vosotros que no teneis morir, las bellas del Pásig, seguras de la victoria, tejen ya las guirnaldas; magníficas guirnaldas para vuestras sienes que saben recibir á un tiempo las bombas y los laureles; para vosotros que sabéis hacer callar los bronces americanos con ecos de patriotismo, siempre triunfadores, siempre victoriosos.

PEDRO A. PATERNO

El Protectorado. (1)

Los Estados Unidos ya empiezan á ceder, convencidos de que en el terreno de las armas nada positivo han de conseguir.

En *La Correspondencia de España* publiqué en 15 de Agosto un artículo, en el que demostré que entre los principales obstáculos para llegar á un acuerdo están el desarme exigido por los Estados Unidos; la protección de ellos á los frailes, odiados y expulsados por los filipinos, y á la inmigración china, que es perjudicial al Archipiélago, y el propósito de los americanos de no pagar las deudas contraidas por el gobierno de Aguinaldo.

Al cabo de diez días escasos, la prensa publicaba un telegrama anunciando que el general Ottis puso término á la inmigración china, y también una nota oficiosa de que el gobierno de Washington respetaría los billetes emitidos por Aguinaldo, aceptando su pago.

En el primer número de esta REVISTA nos quejábamos de que los Estados Unidos no nos reconocen como ciudadanos norte-americanos; y de que los frailes iban á ocupar las parroquias que debieran administrar exclusivamente los sacerdotes filipinos.

Y á los pocos días también la prensa publicaba un telegrama de Washington, anunciando que el general Ottis ofreció á Aguinaldo que todos los filipinos serían considerados como ciudadanos norte-americanos y el reconocimiento de los grados de él y de los cabecillas que él designase, en el ejército de la Unión; y que los frailes jamás volverían á ocupar parroquias ni diócesis en Filipinas.

Seríamos insensatos, si en vez de agradecer estos buenos propósitos de inteligencia por parte de los Estados Unidos, lo interpretáramos desdeñosamente por debilidad. Esto jamás.

Pero cumple á nuestra sinceridad manifestar á la gran Nación norte-americana que todo arreglo basado en contentar sólo á ciertos jefes, será contraproducente, pues en vez de poner término á la guerra, haría surgir multiplicadamente á nuevos cabecillas y se eternizaría aquella, como ocurrió con el pacto de Biyak-na-bató, que no quisieron guardar los generales filipinos Malvar, Makabulos, el cura Dandan y otros muchos.

Aguinaldo que había jurado defender nuestra independencia, rechazó dignamente la proposición, pues el arreglo ha de ser sincero, *honrado* y de carácter general, para que todo el mundo tenga el deber *moral* y material de cumplir. Pero como se haga un *pastel*, surgirá una tremenda guerra civil. Entonces hasta las piedras se levantarán para degollar á todo *pastelero* viviente, porque no para eso hemos derramado ríos de sangre.

Ya he demostrado en mi citado artículo publicado por *La Correspondencia* que con la autonomía sólo saldrán ganando algunos comerciantes yankees; pero el Tesoro público de Norte-América jamás podrá reembolsarse los gastos ocasionados por la guerra, al paso que con la independencia de Filipinas, bajo su protectorado, se podría concertar el pago paulatino de una equitativa indemnización, aparte franquicias comerciales é industriales de positiva utilidad para los yankees.

Pero entiéndase bien que nuestra independencia ha de ser real y efectiva con personalidad y representación propias en el extranjero, y que el protectorado no sea una autonomía disfrazada, y que tenga plazo fijo.

Nosotros gobernaremos independientemente nuestra casa según nuestro leal saber y entender, y sólo tendrán intervención los Estados Unidos en lo que sea puramente preciso para garantir el orden interior, *cuando su auxilio sea reclamado*, y para cumplir los compromisos que con ellos contraigamos.

Para que se vea que lealmente deseo la amistad de los norte-americanos, propongo la más amplia intervención posible en lo que afecte á garantizar los capitales norte-americanos que se dediquen á fomentar las obras públicas, construcción de ferrocarriles, puentes, buques de guerra, armamentos, y una alianza ofensiva y defensiva contra el extranjero; y además, que los filipinos se comprometan á introducir en sus leyes el espíritu de la legislación norte-americana.

Pero cuídense mucho los filipinos de que el protectorado no resulte peor que la anexión; y será peor, si nuestra independencia no fuese efectiva y en cambio perdiésemos las ventajas de la ciudadanía norte-americana, como ocurre con Cuba, que es independiente sólo de nombre y cuyos productos no gozan de franquicias en los Estados Unidos por esta independencia nominal.

Norte-América, al fin, ya empieza á hacernos justicia. No esperábamos otra cosa de una República que tiene una gloriosa tradición de liberal.

¡Conque, filipinos! un poco más de perseverancia y habremos arribado al puerto de nuestro bienestar permanente.

ISABELO DE LOS REYES.

(1) Hablo por cuenta propia, por lo cual vá firmado este artículo.

LOS HOMBRES DE LA REVOLUCIÓN

En esta sección publicaremos las biografías de los que han figurado en el varonil movimiento de la regeneración de Filipinas.

Es innegable que los taaleños fueron de los primeros que han tenido el valor de desafiar á la entonces omnipotente frailocracia, por lo cual empezaremos con la biografía de su jefe, Sr. Agoncillo, escrita por un notable filipino, cuyo nombre podrán adivinar los lectores por sus iniciales.

DON FELIPE AGONCILLO

El Sr. Agoncillo nació en Mayo del año 1868, en Taal, uno de los pueblos más importantes de la provincia de Batangas, por su producción azucarera, industria y comercio; pertenece á una familia, muy distinguida y respetada en aquella provincia, y muy conocida en otras muchas del Archipiélago Filipino por su posición; él hizo sus estudios de primera y segunda enseñanza en el Ateneo Municipal de Manila, á cargo de los padres Jesuitas, con grande aprovechamiento, habiendo sido uno de los más aventajados de su clase. Deseando estudiar con más amplitud la Filosofía, se marchó del Ateneo al terminar el cuarto año de segunda enseñanza, y siguió sus estudios en la Universidad de Santo Tomás, donde obtuvo el grado de Bachiller en Artes á la edad de catorce años con la nota de sobresaliente, habiéndose llevado antes el acto público de dicha asignatura como prueba de que era el primero en su clase; pero con disgusto suyo no logró realizar su aspiración de obtener los grados de Licenciado y Doctor en Filosofía, porque estos títu-

© Biblioteca Nacional de España

los se conferían únicamente á los frailes y sacerdotes; él siguió entonces la carrera de Derecho, que á la edad de veinte años la terminó con brillantez, pues por su aprovechamiento obtuvo simultaneaciones que en aquella Universidad era un privilegio, habiéndose llevado todos los actos públicos de cuasi todas las asignaturas de Derecho, y todos los años, hasta que obtuvo el grado de Licenciado en Jurisprudencia, la nota de sobresaliente, que es la que ha obtenido desde el primer año que estudió, hasta el fin.

Inmediatamente de recibirse de abogado, abrió su bufete en Manila, donde estuvo un año, habiendo con harto sentimiento suyo tenido que abandonar aquella capital é irse á su provincia, porque su tutor, su familia toda y sus propios intereses así se lo reclamaban; es de notar que era huérfano de padres cuando terminó su carrera y estaba sujeto á tutela, razón porque no pudo educarse en Europa como era su aspiración.

Abrió sus estudios en Batangas, además de ponerse al frente de la administración de sus bienes. En el anuncio suyo, puesto en la puerta de su despacho, en el que se señalaban las horas de oficina, existía esta nota: «Para los pobres á todas horas, papel y honorarios gratis». Con este anuncio el estudio del Sr. Agoncillo estaba siempre invadido por pobres que los atendía con más predilección y preferencia que á aquellos clientes suyos que le pagaban honorarios; verdad es que tenía sus rentas y no necesitaba de su profesión para vivir, y si ejercía, era porque perseguía otros ideales, que eran una campaña constante y enérgica contra la preponderancia perniciosa de los frailes y la desmoralización de la administración pública española, campaña que le costó muchos y graves disgustos, como se verá más adelante.

Con esta conducta, el Sr. Agoncillo conquistó en corto tiempo las simpatías de toda su provincia donde estaba conceptuado como el primer abogado de entre los que ejercían la misma profesión en aquella provincia; era él defensor acérrimo de los pobres atropellados por los poderosos y de los Tribunales municipales, cuando eran vejados por los gobernadores, ú otras autoridades y frailes; y era muy sabido en Manila que el Sr. Agoncillo había presidido varias comisiones de principales ó municipes de algunos pueblos de su provincia para interponer quejas ante varios gobernadores generales de Filipinas, contra los abusos de frailes ó de alguna otra autoridad superior de la misma provincia.

No obstante que contaba con poderosos enemigos, desempeñó en dicha provincia cargos importantes en la administración de Justicia, como son juez, promotor, y registrador de la Propiedad, y sus mismos enemigos le respetaban por su probidad, rectitud y energía de carácter.

Pero aquella lucha continua tenía al fin que ser funesta al Sr. Agoncillo, imperando, como imperaba en el país, un gobierno puramente teocrático; él no solamente tuvo por enemigos á los empleados inmorales, á los jefes abusivos de la Guardia Civil, sino también á todas las Ordenes religiosas. Y en efecto, se hace vigente en Filipinas la Reforma municipal de Maura, y el Sr. Agoncillo, amante de la prosperidad del país, renunció los cargos públicos que desempeñaba y que le producían subvención, y prefirió que le eligiera la Junta provincial de Batangas Consejero-delegado del Consejo de Administración, comprendiendo dicha Delegación las provincias de Batangas, Cavite, Laguna, Tayabas, Mindoro y Camarines Norte y Sur; este cargo era gratuito, y el Consejo de Administración era el Cuerpo Consultivo del Gobierno General. Su elección fué muy combatida por sus poderosos enemigos, pero obtuvo el triunfo, es decir, fué elegido; pero como esta elección tenía que ser aprobada por el Gobierno General á propuesta del Consejo de Administración, sabiendo los propósitos del señor Agoncillo, que era interesarse por el bien del país, sus enemigos redoblaron su persecución, y los frailes, de acuerdo con las autoridades de Batangas, elevaron un informe al general Blanco contra el Sr. Agoncillo, acusándole de filibustero. Enterado éste del injusto informe, se presentó al mismo general Blanco y expuso su derecho y él mismo presentó un escrito al gobierno general, pidiendo que se le formara expediente, en el que probaría la calumnia de sus adversarios y los abusos de éstos; tuvo, además, varias conferencias con el general Blanco, á quien le manifestó que no era separatista, sino asimilista, y quería que se cumplieran las leyes que se promulgaban en el país; esta lucha duró un año, pero, al fin, triunfaron los frailes y los empleados desmoralizados, decretando el general Blanco su deportación, sin que se aprobara la elección del Sr. Agoncillo como consejero delegado de dichas provincias.

J. L.

(Se continuará).

Negro porvenir de los filipinos
bajo la dominación imperialista

¿Qué bueno podemos esperar de los imperialistas norte-americanos, que se finjieron nuestros aliados cuando necesitaban de nuestro eficaz auxilio para desembarcar en Cavite y tomar á Manila, para después apresar por por sorpresa nuestra escuadrilla y pérfidamente cañonear nuestras líneas cuando menos lo esperábamos? ¡Y todavía atribuyéndonos calumniosamente el rompimiento de hostilidades!

¿Qué será de nuestros abogados que han terminado su carrera á costa de grandes sacrificios? Los cubanos (y eso que son independientes *de nombre)* ponen el grito en el cielo, porque invadieron dicha isla muchos abogados yankees, y gracias si serán verdaderos abogados.

¿Nuestros soldados? Serán desarmados perdiendo los destinos con sangre comprados, y una vez ya hecha efectiva la dominación, como aquellos vengan con impertinencias, serán *lynchados*, es decir, no fusilados, sino destrozados con cualquier pretexto, porque en los Estados Unidos se practica la ley de Lynch, por la cual el populacho asesina á palos á quien le dé la gana.

Esto se hace *á diario* con sus propios conciudadanos, que son casi de nuestro color, porque no les consideran como hombres iguales los blancos.

Y eso que son sus compatriotas.

Ya se dice que para evitarse ellos el roce con estos negros, les enviarán á Filipinas, para que sean nuestros señores. Luego seremos esclavos de sus esclavos.

Es imposible que llegue á ser real nuestra fraternidad con los yankees, porque ellos consideran de raza inferior á los que no son de su color blanco.

A los negros, les cazan como á fieras en las calles, si tienen la desgracia de enamorarse de una blanca. *(Continuará)*

Noticias de la guerra

TELEGRAMA DE HONGKONG

(De nuestro servicio particular.)

Hongkong 8 Noviembre.

Paralizado avance del enemigo lluvias. Nuestras guerrillas le hostilizan continuamente, apoderándose convoy Pampanga. Protesten ustedes contra barbarie de norteamericanos que rematan filipinos heridos, mientras nosotros les devolvemos nuestros prisioneros.

Si los prisioneros españoles civiles y enfermos no están aún en Manila, es porque Ottis se opuso á que vayan buques españoles á recogerlos con bandera neutral Cruz Roja.—*Hindi Duag.*

Imprenta de A. Pérez y P. García, Palma 55, dpd.

© Biblioteca Nacional de España

LITOGRAFIA
DE
CARMELO Y BAUERMAN
CALLE DE CARRIEDO, 10

Excusamos recomendar al público este establecimiento por el esmero con que ejecuta sus trabajos y por la baratura de sus precios.

Especialidad en obras de lujo y cajetillas de cigarrillos

ALMACENES GENERALES EN EL MURALLON
DE
DON LUIS R. YANGCO

Con una módica tarifa de almacenaje se admiten en depósito toda clase de productos y efectos comerciales é industriales, asegurándolos contra incendios y encargándonos de su venta en Manila ó en cualquier punto del extranjero, si no hay otro consignatario. Nos encargamos también de prensar abacá y tabaco sin arreglar.

Se anticipa dinero sobre los efectos depositados por una cantidad equivalente á los cuatro quintos de su valor.

FABRICA DE CERVEZA DE S. MIGUEL

¿Queréis gozar de completa salud y no padecer de dispepsia? Pues tomad la cerveza de dicha Fábrica

DOBLE BOCK

¿Queréis desterrar la anemia y el catarro intestinal tan frecuentes en Filipinas? Pues tomad de dicha Fábrica la rica

CERVEZA NEGRA

Precios: Cajas de seis docenas, medias botellas, Doble Bock, 14,00 pesos; cajas de tres docenas, medias botellas, Doble Bock, 7,00 id.—Cajas de seis docenas, medias botellas, Negra, 18,00 pesos; cajas de tres docenas, medias botellas, Negra, 9,00 id.

pedidos á D. PEDRO P. ROXAS
General Solano, 22 (MANILA)

GRAN BAZAR
La Puerta del Sol
Entrada libre PRECIO FIJO Entrada libre

Tenemos artículos desde 2 céntimos. Este Bazar sigue teniendo grandes existencias de toda clase de efectos propios para este país y los vende á precios sumamente baratos.

Por todos los correos de Europa recibimos las últimas novedades concernientes á nuestros ramos.

Tenemos una existencia permanente de cien mil artículos con sus correspondientes precios para que desde provincias puedan hacernos pedidos nuestros favorecedores.

J. F. RAMIREZ.—ESCOLTA, 11,

CHAMPAGNE V. Clicquot Ponsardin, Moet et Chandon, Sport, Espuma de oro, Jerez.—PAPEL CATALÁN, marca Roca y Coll, de primera, segunda, tercera, cuarta superior y cuarta corriente.

VINO S. Julien en cajas de 24|2 botellas vino Margaux en id., id., id.; Santernes en cajas de 12 botellas. Medoc español en de 12 y 24|2 botellas. Vino Oporto "Victoria,, en id., de 12 id., vende

Francisco Reyes
PLAZA DEL P. MORAGA, 4.
MANILA

© Biblioteca Nacional de España